

***Diarios de Berlín 1939-1940*. Carlos Morla
Lynch. Edición de Inmaculada Lergo y José
Miguel González Soriano. Sevilla.
Renacimiento. 2024.**

Gutmaro Gómez Bravo
Universidad Complutense de Madrid
ORCID:

Entre el 20 de abril de 1939 y el 2 de julio de 1940, el diplomático chileno Carlos Morla Lynch escribió las páginas de este diario, verdadero documento excepcional de la historia del siglo XX. En él se recogen sus vivencias diarias, pero, fundamentalmente, destacan sus anotaciones e impresiones sobre la situación y evolución del mundo entre dos guerras: la guerra civil española y la mundial. Es, por encima de todo, un minucioso y detallado relato que permite insertar la historia de España en la historia europea. Porque, a diferencia de otras muchas obras biográficas o memorias que versan sobre la misma época escritas con posterioridad, estos *Diarios* tienen un sentido extraordinario del momento histórico que se está viviendo, son una mezcla de sorpresa y decepción, ante todo lo que está ocurriendo. Se publican por primera vez estos diarios completos, gracias a una gran labor de edición crítica que sirve por igual a interesados y a especialistas.

Los *Diarios de Berlín* recogen la parte de sus diarios personales correspondientes a dicho período en la capital alemana, pero, en realidad, continúan el relato de los diarios españoles publicados anteriormente en esta misma editorial en dos volúmenes: *En España*

con *Federico García Lorca* (2008) y *España sufre. Diarios de Guerra en el Madrid republicano* (2009), reeditados bajo el título de *Diarios españoles. Volumen I, 1928-1936* (2019) y *Volumen II, 1937-1939* (2020). Son, por tanto, la continuación de los dos anteriores. De hecho, las últimas anotaciones que se corresponden con los dos meses posteriores al final de la guerra civil española están incluidas en la presente edición. A mediados de mayo de 1939, el diplomático chileno, que ha dirigido la embajada en Madrid como encargado de negocios durante todo el conflicto, recibe la noticia de su traslado a la capital germana con el mismo puesto. Lo primero que percibe el lector de esta presente edición es el choque cultural e intelectual entre los dos mundos. Apasionado de la música y de la literatura, criado en una familia de la élite chilena, Lynch es un observador excepcional del mundo político y cultural de la Europa de entreguerras y de sus clases altas. Sus comentarios, sus anotaciones, no dejan de ser una valoración de aquel mundo perdido, «mundo de ayer», en palabras de Stefan Zweig; el mundo de la Edad de Plata de la cultura española y del no menos floreciente de la Alemania de Weimar, destrozados ambos por la barbarie totalitaria y el impacto de la guerra. Una nostalgia que aparece reiteradamente en los *Diarios de Berlín* mezclada con la ingratitud por la posición de su país ante su labor en la embajada de España. Un resentimiento que aflora en su desapego, cuando no en su crítica frontal, tanto a las autoridades franquistas como a las alemanas.

Su cambio de destino, a pesar de todo, no era un viaje hacia lo desconocido. Antes de llegar, va recibiendo noticias de la situación real en Alemania. Le advierten de la existencia de micrófonos en la embajada para que guarde bien su diario. Pronto, se percata de la distancia y el miedo en la gente a la hora de hablar de Hitler y de todo lo que está ocurriendo allí. Su llegada coincide con la aceleración de la política de segregación y deportación de los judíos, una persecución que Lynch califica «de verdaderamente indigna y que subleva a todo ser que tenga algún sentimiento cristiano». La vida social del cuerpo diplomático extranjero en Berlín, que se detalla con minuciosidad en los *Diarios*, está muy alejada de lo que ocurre en la calle. Es la imagen oficial de una Alemania próspera y feliz, la misma que facilita la propia oficina del gobierno. La atmosfera de nación joven, a la vanguardia técnica,

científica y cultural del mundo moderno, impregna la llegada de Lynch. Este, al incorporarse a la embajada, no da crédito a los rumores de guerra, no está preparado para otro conflicto devastador. Cree que la invasión de Polonia quedará, como el resto de las agresiones anteriores, limitada por la política de no intervención británica. Poco más. Pulsa en la calle la noticia de la invasión de Polonia que no parece producir el menor entusiasmo ni impacto en la vida real. Y aunque cree que el tiempo le dará la razón, al mismo tiempo, comienza a desconfiar. Nuestro protagonista revela, a partir de aquí, la mirada de un observador excepcional de los hechos históricos. Es capaz de asomarse al abismo que desencadena el avance imparable del Ejército alemán sin perder la apariencia de normalidad. Mira desde la distancia, desde dentro, sin que el ritmo de la vida cotidiana sufra una alteración considerable. A diferencia de todos esos observadores que consiguen reordenar y ajustar los hechos, a posteriori, Lynch los vive, él está allí. Por la mañana asiste a la recepción del Ministerio de Asuntos Extranjeros (Amt) alemán, en la que les facilitan el parte de guerra oficial. Por la tarde, se sumerge en la música jazz, en el baile. Otro día hace una visita guiada con el cuerpo diplomático a la sede de Siemens, modelo y ejemplo del desarrollo de la industria alemana. En su escritura da cuenta de todo aquello que quieren mostrar las autoridades alemanas. Los *Diarios* se sumergen en el despliegue de la estética nazi, en su control y absorción de toda la esfera pública. Y lo hacen, no solo con la parafernalia que conocemos de otras tantas descripciones y de las imágenes del cine; lo hacen, como señalara otro testigo excepcional, Víctor Klemperer, a través del dominio de los objetos y de los detalles más cotidianos. Lynch no cree en la capacidad de los nazis para llegar a lo más íntimo del individuo ni en su avanzado programa de manipulación de las masas. Cree que la política internacional y el propio desarrollo del pueblo alemán terminarán limitando su poder. Y esto es así porque su vida familiar y la postura política de su país en el conflicto, incluida la llegada del nuevo embajador al que recibe fríamente, se alternan con los acontecimientos más decisivos de esta primera etapa de la Segunda Guerra Mundial. La ya mencionada invasión de Polonia, pero muy en particular, por todo lo que supuso para la superación de los esquemas de la época, el impacto de la ocupación de Francia y la

firma del armisticio tras su aplastante derrota. La escritura, de hecho, se interrumpe aquí, antes de su partida a su siguiente destino: Suiza.

El otro gran tema, su otra gran preocupación durante toda esta etapa, como muestran las páginas de estos *Diarios*, sigue siendo España. Hay párrafos enteros en los que, de no ser por la separación física, geográfica, parecería que el diplomático seguía en su legación madrileña. Y este es el tema sobre el que más luz arroja esta edición, tanto por lo que calla como por lo que expresa un Lynch, evidentemente, marcado todavía por la experiencia que ha vivido en el Madrid de la guerra. De camino al tren que le lleva a Berlín, conoce el desfile de la Victoria franquista. Continúa atento a todo lo que llega de la «nueva España» de Franco, no se desentiende de ella. Recibe noticias de todos los españoles que llegan a Berlín y de su propio hijo Carlos. Proceden del régimen, pero Lynch se preocupa, sobre todo, por la suerte de los vencidos. Su interés por estos va mucho más allá de lo anecdótico o de la información diplomática que él mismo recabó al final de su misión en Madrid. Habla directamente de represión, matanzas y crueldades. Él mismo, que al comienzo de la guerra se hizo eco de las barbaridades cometidas en la retaguardia republicana, denuncia ahora la revancha, la falta de humanidad y, sobre todo, la persecución, la criminalización de los vencidos. Sigue con mucha atención la situación de Julián Besteiro. Tiene los detalles de la farsa de su juicio, el primero al entrar las tropas nacionales en Madrid. El fiscal militar pide para él pena de muerte cuando Morla sabe, directamente, que el viejo profesor salvó miles de vidas a través de la rendición de Madrid. Sabe también personalmente que rechazó marcharse al exilio y prefirió entregarse voluntariamente a fin de que la ocupación fuera ordenada. Sigue indignado su traslado a la cárcel de Carmona donde, enfermo y envejecido, moriría el 27 de febrero de 1940. Su gestión para una conmutación fue infructuosa. Esta es la entrada en sus *Diarios* correspondiente a esa fecha: «el Generalísimo lo dejó encarcelar inicua y, anciano y enfermo como está. Recaerá sobre su España nacionalista tamaño crimen».

Aunque el tiempo pasa, sigue muy pegado a lo que ocurre en España. Intercede ante la ejecución inminente del hermano de Irujo, ministro en el gobierno republicano. Trata con las autoridades alemanas, recordando su mediación en el canje de dos pilotos de la

Legión Condor, motivo por el que fue condecorado por el Gobierno alemán. Igualmente, presenta a las autoridades españolas, a través del Gobierno alemán, la solicitud para el indulto de treinta y tres miembros del Partido Nacionalista Vasco. Pero su preocupación fundamental sigue siendo la de los doce asilados que permanecen en la embajada en Madrid. Mantiene una entrevista personal con el subsecretario de Estado alemán, Woerman, para que logre desbloquear la situación ante el Gobierno de Franco. Esta es quizás la más personal de todas las gestiones que llevó a cabo el diplomático en esta etapa, pues vuelve sobre su gigantesco esfuerzo de asilo en el Madrid de la guerra. Llegó a acoger a más de 1.200 personas en la embajada. Inicialmente, muchos de ellos fueron salvados de una muerte segura en los días posteriores al golpe de estado. Pero, posteriormente, llegaron muchos otros que pertenecían al Servicio de Información y Policía Militar franquista, utilizando la embajada en su prolongada estrategia de asedio y destrucción por todos los medios de la capital republicana. Morla ve con amargura cómo ahora el gobierno español no atiende ninguna de sus demandas. Un sentimiento de ingratitud que se agrava también por la falta de consideración con la que es tratado por su propio país. Se entera por la prensa de la llegada de su superior en Berlín. Ambos extremos marcan su estancia en una Alemania de la que se siente ya prácticamente fuera.

Estos *Diarios de Berlín* son, por último, una prolongación de los escritos en España. Han permanecido inéditos desde que se escribieron entre 1939 y 1940. Son una ventana abierta a la investigación de nuestra propia guerra civil, sobre todo de su etapa final, de la que apenas sabemos mucho más de lo que nos han querido contar. Son, además, una gran obra en su género. No solo recogen o enumeran los hechos de un diario íntimo, sino, sobre todo, transmiten la impresión que le provocan a lo largo del tiempo. Ocupan algo más de un año en el que la guerra civil sigue omnipresente, a pesar de todo lo que está ocurriendo en Europa. Llama la atención cómo Morla juzga y caracteriza a Franco. Evidentemente está influido por el ambiente político que le rodea en Berlín, pero también tiene información directa de su comportamiento en la inmediata postguerra. Su mirada aristocrática, su distancia cínica, contrasta con el profundo dolor que le produce

la situación de España. Habla de la posguerra a través de los innumerables detalles que le llegan por conocidos con información de primera mano, como también de la prensa y de la radio oficial. Algunas de sus informaciones son falsas, fruto de la censura y de la propaganda, pero la mayor parte de sus sospechas y afirmaciones no iban desencaminadas. En una época en la que, como el resto de las embajadas, la chilena hizo un gran negocio con la expedición de pasaportes judíos, Morla mantuvo la observación como norma para comprender lo que estaba ocurriendo. Esta, como señala en más de una ocasión, junto a su propia familia, era la única forma de no verse arrastrado por la corriente que arrastraba el mundo hacia la barbarie. Su testimonio, por todas estas y muchas otras razones que revelan sus páginas inéditas, sigue siendo sencillamente fundamental.